

estos pequeños tiburones contra los grandes. De hecho no te gustan demasiado la viuda y el huérfano. Pero tus revelaciones, se te hace responsable de ellas, espantan a estos señores: ¿de dónde has sacado estas cifras y, como ellos escriben, *será posible?*

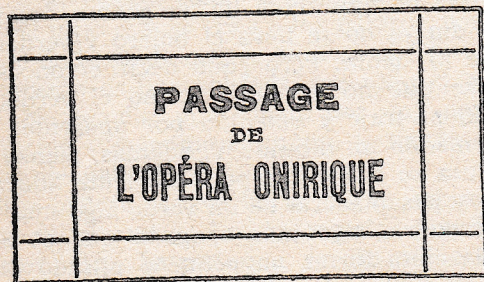
Buena gente que me escucháis, tengo mis informes del cielo. Los secretos de cada uno, como el del lenguaje y el del amor, me son revelados cada noche y hay noches a pleno sol. Pasáis cerca de mí, vuestros trajes vuelan, vuestros libros de caja se abren en la página de los disimulos y los fraudes, vuestra alcoba queda al descubierto y ¡vuestro corazón! ¡Vuestro corazón como una mariposa-esfinge al sol, vuestro corazón como un navío sobre un atolón, vuestro corazón como una brújula enloquecida por un pequeño trozo de plomo, como la colada que se seca al viento, como la llamada de los caballos, como el mijo que se echa a los pájaros, como un periódico de la tarde que se ha acabado de leer! Vuestro corazón es una charada que todo el mundo conoce. No temáis, pues, nada por mí, por vuestra reputación y dejadme entrar en la tienda de la vendedora de pañuelos.

Esta señora vuelve hacia mí su cabeza que no carece de majestad. Los rasgos algo grandes, la nariz borbónica, la piel que ya no debe conservar aquella elasticidad al pellizcarla propia de la juventud, la gordura del cuello que no impide, sin embargo, la delgadez del rostro, las raras pestañas rubias y el ojo algo rojo confiriendo al conjunto cierto carácter nocturno, nada de maquillaje y los suficientes polvos de arroz como para hacer pensar en una dama de compañía o en un ama de llaves, el pelo..., el pelo merecería un apartado, con su aspecto de no someterse a la moda, de estar discretamente teñido, de no alzarse tan alto como el de las cajeras, de no quedar aplastado demasiado bajo como el

de las nodrizas, la vendedora deja dulcemente su labor y avanza hacia mí. Disfruto ahora de su vestimenta. La falda es ancha y más corta de cómo se hacen actualmente a la moda de hacia 1917, y acampanada realizando la parte superior del cuerpo. Toda su vestimenta es un tanto chillona (arréglenselas): una especie de ciruela roja, un tono de vinagre que sugiere un color vivo, así como las lentejuelas de los feriantes sugieren diamantes. Tira a un grosella agonzante, a un cereza picoteada, se parece a las cintas de las palmas académicas que a la luz se vuelven de color ácido... Ah, ya está, el traje es tornasolado. El escote de la blusa deja libre solamente la nuca, con algunos rizos escapados, y por delante el escote apenas descubre la horquilla de donde brotan graciosamente los tendones convergentes del cuello. Pero la maravilla de las maravillas es la blusa, obra maestra de aplicación de un género desaparecido. Hoy día ya no se lleva el bolero y verdaderamente que lo siento. Pero ¿qué decir entonces del bolero falso que no va suelto como el verdadero, sino cosido al traje y retenido por aparentes pespuntos formando un dibujo? Y, además, pienso que toda la blusa se encuentra pacientemente adornada con cintas y pasamanería de un verde algo más vivo que el almendra, algo más apagado que el de la col: que la cinta forma un pequeño plisado plano, dispuesto en motivos que recuerdan inevitablemente al caracol y a la decoración de los ayuntamientos suburbanos. Añadid, no obstante, que, aunque alerta, este Gainsborough, este Winterhalter apenas responde al patrón del placer: su cuerpo está honestamente deformado, y si no hubiera en el hábitus una cierta inquietud de lechuza, una especie de búsqueda de la mirada, esta persona, Señor, podría ser su madre o su mujer de la limpieza.

Lo sé: uno de los principales reproches que se me está haciendo, que se me hace, es todavía este

don de observación que tienen que observar en mí para constatarlo, para enfadarse conmigo. Verdaderamente, yo no me hubiera creído observador. Me gusta dejarme penetrar por el viento y la lluvia; el azar, ésta es toda mi experiencia. Que el mundo se me ofrezca, no es culpa mía. Esta vendedora de pañuelos, este pequeño azucarero que os voy a describir, si no sois buenos, son los límites interiores de mí mismo, impresiones ideales que tengo de mis leyes, de mis formas de pensamiento, y que me cuelguen si este pasaje es otra cosa que un método para liberarme de ciertas coacciones, un medio de acceder más allá de mis fuerzas a un dominio todavía prohibido. Que adopte finalmente su verdadero nombre y que M. Oudin venga a poner la placa



(1)

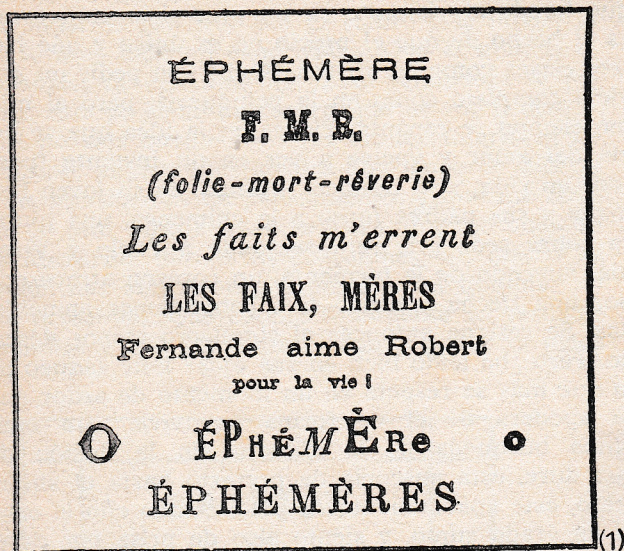
El forastero que lee mi pequeña guía levanta la nariz y se dice: es aquí. Después se encamina mecánicamente al punto que acabo de abandonar por el placer de mi pancarta y dirigiéndose educadamente a la vendedora frambuesa y pistacho, le pregunta después de un gran esfuerzo de imaginación

(1) Pasaje de la Opera onírica. (N. del T.)

cuál es exactamente su precio. Este le parece realmente módico, y como el fotógrafo, la señora no deja a nadie el delicado cuidado de actuar. Pero lo que hunde al visitante en un precipicio conjetural, es el hecho de que el precio no es único y que hay tres clases como en el tren. Sueña con pedir un servicio *completo* como en la peluquería, pero al mismo tiempo se espanta. Piensa en la idea que se hacía del amor y vuelve a ver en un instante fugaz toda su vida, y su infancia ingenua, en su joven hermana y sus padres junto a la chimenea, una pintura sobre seda gris representando a Pablo y Virginia, huyendo de la tormenta, un corazón atravesado por una flecha y dos o tres habitaciones amuebladas. Se resigna entonces al simulacro menos deseado. Pero ¿he leído bien en sus ojos? Este saqueo de lo que más se respeta en un momento de ardor que se apodera de él de forma tan viva, esta mezuquina búsqueda de lo efímero sin la ilusión de que dure, esta ausencia de pretexto hasta el anonimato, este apartamiento de placer, todo ello le excita en grado sumo, y siente algo de prisa por desparecer en la sombra, donde ya veo manos cansadas que se mueven. Persigue valientemente lo que te guste, forastero. Te apruebo y eso es mucho, créeme. Se estira. Se retuerce. ¡Oh! No ha tardado mucho éste.

¿Qué es este murmullo sentimental que se ha levantado? ¿Se han tomado los sillones de la orquesta por músicos? Hago la apología de todas las inclinaciones de los hombres, y, por ejemplo, la apología del gusto de lo efímero. Lo efímero es una divinidad polimorfa como su nombre. Sobre sus tres pies que suenan como una leyenda poblada de ojos verdes y de duendes, mi amigo Robert Desnos, este singular sabio moderno, que tiene extraños navíos en cada pliegue de su cerebro, ha estudiado con dete-

nimiento, buscando por la escalera de seda filológica el sentido de esta palabra fértil en ilusiones:



Hay palabras que son espejos, lagos ópticos hacia los que las manos se extienden en vano. Sílabas proféticas: mi querido Desnos, tenga cuidado con las mujeres cuyo nombre sea Faënzette o Françoise, tenga cuidado con estos fuegos de paja que podrían convertirse en hogueras, estas mujeres efímeramente amadas, estas Florences, estas Ferminas que una nada inflama y LAS HACE MADRES (2). Desnos, tenga cuidado con las Fanchettes.

(1) Composición fonético-visual intraducible a partir del término *efímero* / F. M. R / locura-muerte-ensueño / Los hechos me dan vueltas / Las cargas, madres / Fernando quiere a Roberto / por la vida / Efímero / Efimeros. (N. del T.)

(2) *Et fait mères*: mismo juego fonético-visual (F. M. R.).

Mientras que a vuestra izquierda, hecha de baúles, maletines, cajitas, cajas, cajas de sombreros, estuches para plata, cajas de vino, maletas, maletas percheros, bolsas, bolsos, cestas y todo el embrujamiento de los viajes, Vodable, con el que ya nos habíamos encontrado en la otra galería, ocupa junto a Certa el sótano del número 17, el 16 y el 14 a vuestra derecha se lo reparten más allá de la vendedora de pañuelos, una tienda negra que es la sede social del *Journal des Chambres de Commerce* y una tienda de color, Henriette, modas, cuyos sombreros apenas se elevan a la altura de la cortina moderna que los oculta, y cuidado con los jóvenes que, atraídos por los misterios del lugar, se izan sobre las puntas de sus pies con la esperanza de alguna nueva irregularidad embriagadora; de inmediato, saldrán las honestas modistas, imprecatorias, poniendo al cielo por testigo de la pureza de sus corazones y reprobando —con tono lírico— los vergonzosos comercios de la vecindad, que lanzan una duda mítica sobre los gestos armoniosos del trabajo y la probidad. Todo ello coronado como con un frontón de *L'Évènement politique et littéraire*. Avancemos, avancemos, apartando los escombros a un lado y otro del terreno de sus enigmas o haciéndolos surgir de él, cuando nos plazca y nos convenga: a la izquierda, la puerta del 17 y su escalera de tinieblas están abarrotadas de pancartas entre las que me pierdo.